

Renovación de los votos¹

"Este día será para la memoria y lo celebrarás como fiesta al Señor por vuestras generaciones, con observancia perpetua" (Ex 12:14).

Mediante esta ordenanza, Dios ordenó a los hijos de Israel perpetuar el recuerdo de su salida de Egipto y su liberación de la servidumbre. Durante la noche, un ángel destructor había matado a todos los primogénitos de los egipcios, tanto humanos como animales. Los israelitas habían comido el cordero pascual, ceñidos los lomos, calzados los pies y con varas en las manos, para estar preparados para partir hacia la tierra prometida y, como también se les había ordenado, habían puesto la sangre del cordero en los postes y en las jambas de las puertas de sus casas (Ex 12, 3-11). Había llegado el momento de partir hacia el desierto, en el que se realizarían prodigios de poder y misericordia como el paso del Mar Rojo (Ex 14,15-20), la promulgación de la Ley desde el monte Sinaí entre truenos y relámpagos (Ex 19,16-20,17), el agua milagrosa de la roca (Nm 20,1-11), la columna de fuego (Ex 13,21-22) y el maná celestial (Ex 16,3-15). El Señor, deseando que los hebreos conservaran para siempre el recuerdo de un acontecimiento tan extraordinario, les ordenó que lo hicieran celebrando anualmente el aniversario con la pompa apropiada.

En un sentido menos llamativo, pero igualmente real, Dios ha inspirado a los fundadores de comunidades religiosas para que sus miembros celebren anualmente, después de un retiro preparatorio, el aniversario de su profesión, ya que este acontecimiento marca su salida del mundo, ese otro Egipto y su entrada en la tierra de la bendición. Imaginemos, pues, amadísimos míos, que el mismo Jesucristo, nuestro Dios y Salvador, en esta ocasión nos dice a todos en general y a cada uno en particular: "Acordaos de vuestros votos y renovadlos en este día, que es como un memorial sensible y eterno de ellos".

Las palabras de mi texto se refieren sin duda más a la Pascua cristiana que a la de los judíos, porque, además de solemnizarla con cultos y ceremonias que sólo terminarán con el tiempo, renovamos la memoria del cordero inmaculado inmolado por nuestros pecados, celebramos la fiesta de nuestra liberación de la tiranía del demonio en virtud de la sangre derramada por nosotros y comemos la víctima santa en el pan ázimo de la justificación. Se aplican, además, a nuestra profesión. ¿No nos sacudimos de nuevo el yugo del príncipe de las tinieblas cuando nos sacrificamos por contrato irrevocable a la gloria del Altísimo? ¿No selló la sangre del Salvador esta nueva alianza y su carne se convirtió en nuestro alimento? Oh, a los ojos de la fe, fue en verdad una verdadera pascua, que pasamos de un estado de vida a otro.² Por eso, es justo que nos preparemos en soledad a celebrar su memoria renovando solemnemente nuestros votos con la más profunda gratitud, humildad y generosidad.

Debemos renovar nuestros votos con gratitud. ¿Qué nos recuerdan las promesas que renovamos? Recuerdan nuestra vocación a la vida religiosa y, en consecuencia, todas las gracias que la precedieron, la acompañan y la seguirán. ¿Quién podría contar todo lo que hemos recibido de bendiciones y favores singulares de aquel que nos eligió por esposa? Habiéndonos dado padres cristianos, preferencia sobre tantos otros que nacen en el seno del paganismo y de otros errores, nos regeneró por el bautismo y nos protegió desde la primera juventud con la dulzura de sus bendiciones. Con paternal solicitud, custodió nuestra infancia, poniéndola al abrigo de todos los accidentes que hubieran podido acabar con nuestra vida. Luego, a medida que se desarrollaba nuestra inteligencia, iluminó nuestra mente con la luz de la fe y encendió en nuestro corazón el fuego de su

¹ Kevin Grove y Andrew Gawrych, editores, Basil Moreau: Essential Writings, una introducción a la vida y pensamiento del fundador de la Congregación de Santa Cruz (Notre Dame, Indiana: Christian Classics, 2014), 131-50.

² Moreau juega con la palabra "pasch", que significa "pasar por encima", en términos de vida religiosa.

amor. Así, dispuso nuestra alma a las comunicaciones secretas de su gracia, inspirándonos el gusto por la virtud, el horror al vicio y el principio de nuestra atracción por la vida religiosa.

Para fortalecernos en estas felices disposiciones, nos guió a la escuela de religión para recibir instrucciones catequéticas y participar en las imponentes ceremonias de la Iglesia, pero esto fue sólo el principio de su amorosa predilección. A medida que crecíamos y los enemigos de nuestra salvación redoblaban sus esfuerzos y el mundo se volvía cada vez más peligroso para nosotros, nos invitaba a su mesa, donde se entregaba para alimentar nuestras almas como el pan de los fuertes y no sólo una vez, sino anualmente, mensualmente, semanalmente, diariamente. Entonces llegó el momento de decidir nuestra vocación. ¿Qué hizo entonces su providencia para ejecutar los designios que había concebido sobre nosotros desde toda la eternidad?

Tal vez en aquel período de nuestra vida, la ligereza, la falta de reflexión y la libertad de los sentidos alteraron la pureza de nuestra conciencia y abrieron nuestro corazón al pecado. Su gracia nos buscó y cuando nos hubo iluminado, purificado y enardecido, nos señaló nuestra comunidad. Pronto, nos sugirió nuevos pensamientos, deseos y esperanzas. Entonces, dóciles a la voz que nos decía, como antaño a Abrahán: "Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre y ven a la tierra que yo te mostraré" (Gn 12, 1), consultamos al hombre de Dios que respondía a todas nuestras incertidumbres y no tuvimos otro pensamiento que llevar a cabo nuestro proyecto. Si no teníamos medios para sufragar los gastos de nuestro nuevo estado de vida, encontramos protectores proporcionados por el cielo. Luego, eliminados todos los obstáculos, encontramos a nuestra comunidad esperando con los brazos abiertos de la caridad desinteresada para recibirnos entre sus hijos.

Asociados allí para siempre a los esposos de Jesucristo, hemos tenido todos los medios y ayudas para santificarnos en el buen ejemplo, en las reglas de nuestra comunidad, en los consejos de nuestros superiores, en la frecuentación de los sacramentos y en todos los ejercicios de piedad propios de nuestra vocación. Nuestros deseos estaban previstos, nuestros dolores adivinados, nuestras dificultades eliminadas. ¿Qué ha sido, pues, toda nuestra vida, sino una maravillosa cadena de gracias y favores? ¿Qué somos a los ojos de la fe sino hijos de la misericordia y de la predilección? Oh, amadísimos míos, deberíamos estar muy agradecidos en este aniversario del día de nuestra consagración a Dios y deberíamos renovar nuestros votos con el mayor amor.

¿En qué nos habríamos convertido sin la singular bendición de la vocación? Arrojadnos en medio de un mundo que, bajo una apariencia atractiva, esconde tantos horrores, abandonados a nosotros mismos y rodeados de escándalos, podríamos haber perdido nuestra inocencia y haber entregado, como hacen muchos, el cielo por la tierra. Pero no, el Señor nos previno y nos llevó al puerto seguro de nuestra comunidad. Aquí, estamos en el arca, con la familia de los elegidos. Podemos navegar a toda vela hacia una eternidad feliz, mientras tantos en el mundo son tragados por las aguas de un diluvio de iniquidades. Oh, demos gracias eternas al buen pastor, al amable salvador, al Padre tierno y generoso que nos ha dado tan grandes pruebas de su amor. Gritemos con David, llenos de gratitud: "¿Cómo pagaré al Señor por todo lo que me ha dado? A muchos otros no les ha hecho tanta gracia ni los ha tratado con tanta generosidad. Me eligió a mí, la más pequeña de mi parentela, para elevarme al rango de sus esposas predilectas y dejarme cantar sus alabanzas en la asamblea de sus elegidos. Bendice, alma mía, al Señor, tu Dios y exalta para siempre su santo nombre, porque ha hecho grandes cosas (Lc 2, 46-49).

Sin embargo, es con menos palabras que con obras y con una conducta ejemplar como podemos dar testimonio de nuestra gratitud y devoción a nuestra divina Esposa. Al repasar el pasado, ¿podemos decir con certeza que hemos sido constantemente fieles a

todos nuestros deberes, cumpliendo al pie de la letra cada uno de nuestros votos y progresando continuamente en la perfección religiosa? Esta es una prueba cierta para saber si hemos agradecido verdaderamente la gracia de nuestra vocación y si reflexionamos sobre ella, es probable que renovemos nuestros votos con humildad. Si, durante los días de retiro preparatorio, examinamos nuestra conducta desde nuestra entrada en la vida religiosa, encontraremos sin duda motivos para humillarnos y confundirnos.

Por las promesas de nuestro bautismo, nos comprometimos a destruir en nosotros al "viejo hombre de pecado", a morir a nosotros mismos y a vivir sólo la vida de Jesucristo, como Él vivió en la tierra sólo la vida de su Padre. Si un árbol se conoce por sus frutos y un cristiano por las obras y las obligaciones cumplidas, quizá encontremos motivos para llorar y decir con David: "Señor, no te acuerdes de los pecados de mi juventud y de mi ignorancia" (Sal 25, 7). No trataremos aquí las obligaciones que asumimos en la fuente bautismal. Por extensas que fueran, no eran más que el preludeo y la prueba de las que contrajimos el día de nuestra profesión. Oh, qué alegres y ansiosos estábamos aquel día. No podemos sino amar el recordar nuestro ardor al clasificarnos bajo el estandarte de Jesucristo y al convertirnos en miembros de nuestra comunidad. ¡Oh bendito día! ¡Oh momento de salvación! La regla no tenía, entonces, nada demasiado difícil para la naturaleza y todos nuestros sacrificios parecían nada. Todos los monstruos que impedían nuestra entrada en la tierra prometida eran incapaces de atemorizarnos. Más valientes, más fieles que los israelitas, que pronto se cansaron en el desierto de perseguir la conquista de aquella tierra feliz, teníamos una santa impaciencia por entrar en los lugares más difíciles de nuestra comunidad.

Llenos de gratitud por las misericordias divinas, teníamos pensamientos como éstos: "¿Qué haré por Dios a cambio de todo lo que ha hecho por mí? ¿Cómo le pagaré esa gratuita preferencia de misericordia por la que me ha elegido entre muchos más dignos que yo de tan inefable bondad? Me ha arrancado del Egipto asesino de almas para conducirme a la soledad amorosa de la vida religiosa y de ella a la tierra de promisión. Sólo a Él pertenecen el homenaje de mi mente y el afecto de mi corazón. Deseo vivir sólo para él y suspirar sólo por su gloria. Sí, deseo unirme a él de tal modo que pueda ser un sacrificio completo, inmolado por su soberana majestad. Deseo hacerle solemnes promesas y rendirle mis votos ante todo el mundo. Nada puede apartarme de este propósito. Razón, contened vuestra lengua. Falsas luces de gloria mundana, apagaos. Todos los intereses personales, desaparezcan. Incluso tú, dulce amor de parientes, amigos y conocidos que he cultivado con tanto afán, en vano te opondrás a las atracciones de la gracia y al cortejo del Espíritu Santo.

"Alto cielo, tú has escuchado y das testimonio de las grandes palabras que he pronunciado. He jurado para siempre a Dios mi pobreza, castidad y obediencia, según las constituciones de mi comunidad. He hecho voto de pobreza, es decir, no poseeré nada ni me apegaré a las comodidades de esta vida ni a los objetos destinados a mi uso y no recibiré ni guardaré nada sin permiso de mis superiores. He hecho voto de castidad, es decir, no permitiré jamás a mis ojos la menor mirada impúdica, a mi lengua la menor palabra imprudente y a mi corazón el menor movimiento capaz de herir la pureza. He jurado obediencia, es decir, cumpliré en todo la voluntad de quienes tienen derecho a ordenarme y lo haré con sencillez, prontitud, sin excepción y sin relajación. Obedeceré su voz como la voz de Dios; amaré sus órdenes y me someteré a ellas ciegamente. Observaré mis reglas y constituciones de punto a punto, meditándolas día y noche, formando mi conciencia en ellas, y teniéndolas por guía incluso hasta la muerte. Así podré trabajar por la instrucción y salvación de las almas".

Tales fueron las obligaciones que contrajimos al pronunciar nuestros votos. Las palabras que pronunciaron nuestros labios son irrevocables; las grandes promesas que

hicimos a Dios son eternas. ¿Hemos perdido alguna vez de vista estas obligaciones sagradas? ¿Las hemos guardado siempre fielmente con el mismo fervor con que las pronunciamos? ¿No hemos perdido la primera brillante belleza de nuestro celo primitivo y de nuestra pura caridad? En la calidad de nuestra vida religiosa, se supone que somos nobles hijos de Sión, brillantes y preciosos vasos de elección de la Jerusalén celestial. ¿Se nos puede reprochar que nos transformemos en vasos de barro de escaso valor? Tal vez, merezcamos que Dios nos diga lo que San Juan dijo una vez en su favor al ángel de Éfeso: "Tengo algo contra ti, porque has dejado tu primera caridad. Acuérdate, pues, de dónde has caído, haz penitencia y las primeras obras" (Ap 2, 4-5). Estas "primeras obras" son las de la humildad sin disimulo, la penitencia sin aflicción, el reposo sin pereza, la modestia sin afectación, la sumisión sin murmuración, el trabajo sin inquietud: las obras de una conducta siempre ecuánime y uniforme.

No es raro ver que el fervor se relaja en proporción a la edad en el servicio de Dios. Los caminos de los justos, como los rayos del sol, aumentan de resplandor en resplandor, pero muchos en la vida religiosa parecen proceder por caminos contrarios, disminuyendo en piedad a medida que avanzan en edad. ¿Acaso hemos experimentado esta humillante verdad desde el día de nuestra profesión? El cuidado de nuestra salud, la búsqueda de la facilidad y el temor de que nos falte algo que deseamos, ¿no han debilitado el espíritu de pobreza que debería animarnos constantemente? El apego a las criaturas, la atracción por una amistad particular, las divagaciones de una imaginación demasiado poco vigilada, la libertad de los sentidos, ¿no han empañado nunca el brillo de una pureza completa? ¿No han hecho nuestro yugo menos soportable y han despertado sentimientos contra la obediencia y su ciega simplicidad el exceso de egocentrismo, el hastío de la dependencia y la aversión a la sujeción continua?

Jesucristo es nuestro modelo de obediencia. "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 8). Los sangrientos estandartes de este rey no reconocido se despliegan ante nuestros ojos y el misterio de su cruz resplandece por doquier. Semejante espectáculo no puede sino reavivar nuestra fe, reanimar nuestra confianza, inflamar nuestra caridad y magullar nuestros corazones con compunción. Estos son, al menos, los felices efectos que debería producir en nosotros la contemplación de Jesús crucificado. La Escritura pronuncia ay de aquel que no sienta dolor en el aniversario de su pasión: "Toda alma que no se aflija en este día, perecerá de entre su pueblo" (Lv 23, 29). Sin embargo, los sentimientos de piedad cristiana y los santos afectos al recordar el Calvario quedan a menudo sin mérito ante Dios y sin fruto para nosotros mismos, porque permanecen estériles y no influyen en nuestra conducta. A ciertos cristianos, a los religiosos especialmente, el crucifijo les dice más de lo que dice a la población en general. Desde lo alto de ese instrumento de tortura, el salvador nos dice a cada uno de nosotros, como antiguamente decía a sus apóstoles y discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc 9, 23).

Let us obey today the voice of our divine master and follow him. The cross he bids us carry under pain of not being numbered among his disciples can be for us only fidelity to the rules prescribed for us on our entrance into religious life. Do we actually carry it as real disciples of Jesus Christ? Let us examine this in our meditation and let us consider the qualities that our obedience to rule should have for the purpose of being a faithful imitation of the obedience of the Son of God. To be perfect, our obedience must be pure, prompt, universal, and constant.

Obedezcamos hoy la voz de nuestro divino maestro y sigámosle. La cruz que nos manda llevar, so pena de no ser contados entre sus discípulos no puede ser para nosotros más que la fidelidad a las reglas que se nos prescribieron al entrar en la vida religiosa. ¿La llevamos realmente como verdaderos discípulos de Jesucristo? Examinemos esto en nuestra meditación y consideremos las cualidades que debe tener nuestra obediencia a la

regla con el fin de ser una imitación fiel de la obediencia del Hijo de Dios. Para ser perfecta, nuestra obediencia debe ser pura, pronta, universal y constante.

Nuestra obediencia debe ser pura, es decir, emprendida y realizada por un buen motivo: por amor a Dios y a su mayor gloria, como dice San Benito. La caridad hace que nuestra sumisión de voluntad nazca del corazón y no nos da otro fin, al obedecer, que el cumplimiento de la voluntad divina. Nos hace honrar y amar a los que nos mandan, despreciar sus faltas, de modo que a su voz respondamos como el discípulo amado a la voz de Jesús: "Es el Señor" (Jn 21,7). El santo religioso se dice a sí mismo: "Cualquiera que sea la conducta de los que tienen autoridad sobre mí, aunque me parezca que no tienen la luz y la experiencia necesarias para el puesto que ocupan, es el Señor quien se dirige a mí por su boca. Sean jóvenes o viejos, encomiables o no por su espíritu y talentos, es el Señor. Tengan cualidades amables o repugnantes, aunque sean imprudentes, injustos, insinceros, indiscretos y caprichosos, es el Señor y yo debo obedecer." Animados por el fuego del amor divino, tales religiosos pisotean todos los motivos indignos que podrían robarles el mérito de la obediencia: todo respeto vano, toda consideración humana y todo interés propio. Purifican cada vez más sus almas por la "obediencia de la caridad", según el consejo del príncipe de los apóstoles (1 Pe 1,22).

¿Hemos aprendido así a obedecer? ¿No obedecemos algunos, por el contrario, por vanidad, por costumbre, por pura política, por respeto humano? ¿No tenemos algunos de nosotros como motivos evitar reprimendas, adquirir la reputación de ser religiosos fervorosos, ganar la buena gracia de los encargados de vigilar nuestra conducta, merecer la estima y confianza de nuestros hermanos y hermanas, velar por nuestros propios intereses y procurarnos algún empleo notable? Algunos entre nosotros, tal vez, obedecen tan humanamente como los judíos; algunos de un modo mercenario, como siervos y esclavos; algunos de un modo mecánico, como seres inanimados; algunos como aquellos de quienes hablaba el apóstol, "sirviendo al ojo" (Col 3,22) y olvidando que cuando estamos solos el ojo de Dios nos contempla. ¡Oh, que la caridad divina sea el único motivo y principio de nuestra sumisión! Entonces, obedeciendo sólo para agrandar al Señor, haremos que nuestros superiores lleven fácilmente el peso de su cargo y edificaremos a nuestros hermanos. Pero, para que nuestra obediencia sea así materia de edificación habitual y mutua, no basta que sea pura en sus motivos, sino que debe ser también pronta.

Nuestra obediencia debe ser inmediata, porque diferir la obediencia es evidentemente rechazarla durante el tiempo de la demora, hacer la obra de Dios negligentemente, dar las primicias de nuestros actos al demonio, resistir a la gracia, que, como dice San Ambrosio, no puede bastar a la pereza y a la demora, perder todo el fruto de nuestro sacrificio y despreciar todos los ejemplos que nos dan la Escritura y la vida de los santos como modelos de pronta obediencia. ¿Cómo podríamos obrar así con el gran Señor a quien servimos? ¿Sería razonable privarnos así de los muchos méritos que podríamos ganar diariamente? Los gobernantes de este mundo no mantendrán a su servicio a siervos desaplicados, indolentes, perezosos, que siempre llegan tarde y cumplen las órdenes con gran lentitud. Dios tampoco lo hará y por eso debemos hacer inmediatamente lo que se nos encomienda.

La prontitud con la que debemos obedecer es comparable a la de una flecha que, al ser lanzada del arco, vuela rápida y recta hacia el blanco sin desviarse hacia ningún lado. Es comparable a esas ruedas misteriosas de las que habla Ezequiel, que siguen rápidamente los movimientos del espíritu que las guía (1:15-21). Es comparable al afán con que un niño hambriento corre hacia su madre cuando ésta lo llama a comer. De ahí que, en todas las comunidades, se exhorte a los miembros a dejarlo todo al sonido de la campana, sin detenerse a terminar la tarea que tienen entre manos, sino apresurándose al lugar designado. Que los que están escribiendo dejen sus cartas sin terminar; que los que están leyendo o meditando abandonen su tarea. El sonido de la campana es la voz de Dios. ¿Se

negarán los religiosos a oírlo? "El maestro... te llama'. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente y vino a él" (Jn 11, 28-29).

¿Por qué tanta prisa? Porque un siervo fiel no conoce el significado de la demora. Aquellas personas verdaderamente obedientes de las que habla Casiano, aquellos ángeles del desierto en los que brilla la verdadera perfección nos dan lecciones maravillosas y confunden nuestra pereza cotidiana con su fervor. A la primera señal, se les veía apresurarse en santa rivalidad desde sus celdas como un enjambre de abejas desde sus colmenas. Siempre listos de mente, preparados de corazón, con los ojos abiertos, los oídos alerta, los pies ligeros y las manos ansiosas, sólo esperaban la orden o incluso la anticipaban. "Oh, ¿qué es nuestra vida, si la comparamos con la suya?"³ "Ahora, es considerado grande aquel que no es transgresor"⁴. Seguramente una vivacidad tan ardiente excitará nuestra indolencia y nos hará levantarnos con prontitud y salir de nuestras habitaciones por la mañana. Seguramente nos hará tomar la resolución de no ser los últimos en llegar a los diversos ejercicios del día y así comenzarlos sin un momento de recogimiento preparatorio.

Hay religiosos entre nosotros, es cierto, que podrían ser nuestros modelos. Pero, puesto que nuestras obligaciones son comunes a las suyas, puesto que nuestras razones para obedecer con prontitud la regla son las suyas, puesto que los castigos que debemos temer y las recompensas que esperamos son también las suyas, nuestra perfección debería igualar ya la suya. Luego, también, los santos religiosos que nos han precedido en nuestra comunidad deben urgirnos e impulsarnos con su celo. Imaginémoslos a todos ellos radiantes de gloria pidiéndonos desde lo alto del cielo que corramos como ellos por el camino de la obediencia. Desde su lugar de felicidad nos dicen: "Ánimo, siervos buenos y fieles, si perseveráis en la exactitud, Dios os dirá como a nosotros: 'Por haber sido fieles en pocas cosas, os pondré al frente de muchas. Entrad en el gozo de vuestro Señor'" (Mt 25, 23). Corramos, pues, por el camino que se abre ante nosotros. Corramos para alcanzar la corona incorruptible (1 Co 9,24-25).

Para llegar a este feliz fin, sin embargo, debemos practicar una obediencia universal, es decir, extendida a todos los asuntos sin excepción, abarcando todos los tiempos y lugares. De lo contrario, sería lenta, servil e imperfecta. Obedezcamos sin reservas, en secreto como en público, en las cosas pequeñas como en las grandes, en el silencio como en la recreación, en el descanso como en el trabajo, en las oraciones como en las mortificaciones, en la salud como en la enfermedad. Así practicaremos esa abnegación indispensable a todo discípulo de Jesucristo; así viviremos sólo de nuestra regla; así llevaremos diariamente nuestra cruz tras el salvador y caminaremos tras sus huellas.

Esta obediencia horaria exige una constante negación de sí mismo. Levantarnos al primer toque de campana cuando estamos cansados y somnolientos, dejar el recreo por el trabajo o el estudio, que nos nieguen un permiso deseado para ir a la ciudad, esto significa negación de uno mismo. La obediencia sin reservas cuesta sacrificios a cada instante. Ciertamente, es doloroso renunciar siempre al yo y actuar en contra de nuestra voluntad, pero para nuestro consuelo, está escrito: "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos se lo llevan" (Mt 11,12). "Qué recto es el camino que lleva a la vida" (Mt 7,14). "A través de muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios" (Hch 14,21).

¿Cómo podremos, sin esta obediencia heroica, aparecer un día al lado de aquellos intrépidos mártires cuya historia leemos con tanta facilidad y en quienes, sin embargo, la naturaleza fue crucificada tan despiadadamente? No olvidemos nunca que "no hay otro

³ Thomas à Kempis, *Imitation*, 1.18.

⁴ à Kempis, *Imitation*, 1.18..

camino para la vida y para la verdadera paz interior que el santo camino de la cruz y de la mortificación diaria"⁵. Seguir cualquier otro camino es tomar la ancha senda que conduce a la muerte. Ah, escuchemos a esos valientes modelos que nos dicen con el apóstol: "Aún no habéis resistido hasta la sangre" (Heb 12, 4).

Nuestra obediencia debe ser constante, con esa perseverancia que es su perfección y su corona. ¿De qué nos servirá haber sido durante algún tiempo modelos de obediencia si terminamos en relajación? ¿No serían vanos nuestros muchos esfuerzos por doblegar y someter nuestra voluntad? ¿No sería esto abandonar la mies después de haberla sembrado, renunciar a la recompensa después de haber luchado por ella? Seamos, pues, constantes y fieles hasta la muerte, a ejemplo de Jesús, autor y consumidor de nuestra obediencia como lo es de nuestra fe: "Fue obediente hasta la muerte" (Flp 2, 8).

Quiera Dios que nuestros últimos días como religiosos se parezcan o incluso superen en este aspecto a los primeros. Para ello, renovemos a menudo nuestros propósitos de retiro. ¿De qué han servido hasta ahora? ¿No nos lo reprocha nuestra conciencia? ¿Dónde estarían nuestras virtudes, dónde el fruto de nuestras muchas gracias, si oyéramos ahora las palabras: "Rendid cuentas"? A causa de nuestra inestabilidad en los caminos de la perfección y de nuestras diarias transgresiones de la regla, a algunos de nosotros, los días que han transcurrido desde nuestra entrada en la religión deben parecernos como otros tantos grados por los que hemos descendido a un estado de tibieza.

El hábito de violar la regla cuando no estamos bajo la mirada de los demás hace que la observemos sólo por decoro o por temor a suscitar comentarios desfavorables. Al descuidar la obediencia, llevamos una vida relajada; no prestamos atención a nuestras faltas; nos falta celo, piedad y espíritu interior; somos suavemente indulgentes con nuestras malas tendencias; incluso retrocedemos, porque no avanzar en el camino de la perfección es retroceder. Esta relajación del fervor es como una fiebre lenta, que disminuye nuestra fuerza espiritual, marchita nuestros corazones, destruye todos los sentimientos de devoción, altera todas nuestras buenas disposiciones y consume diariamente la vida de nuestras almas. Oh Dios mío, no permitas que este extraño estado sea el nuestro; no permitas que acabemos en esa tibieza que hará que nos vomites de tu boca (Ap 3, 16).

San Bernardo gritó entre lágrimas: "¿Qué veo aquí? Veo un perezoso que necesita el aguijón, una criatura timorata que ha perdido el valor, un perezoso que hace amargo y pesado el yugo amoroso del Salvador, un debilucho voluntario que se cansa enseguida, una continua apertura del corazón a pensamientos mundanos y sensuales, una conversación imprudente e inoportuna, una obediencia imperfecta y enteramente humana, oraciones sin atención ni respeto; en una palabra, personas que acuden al sagrado tribunal con una voluntad indiferente e insensible a sus faltas. Recitan fríamente sus pecados ordinarios y no aprovechan ni la acusación ni la absolución. Se reconcilian mil veces y nunca se arrepienten. Se acercan a la mesa santa casi como a la común y el pan del cielo es para ellos casi como el pan de la tierra."

Esta es la miseria a que nos reducen las infidelidades habituales a nuestras reglas generales y particulares, a nosotros que deberíamos estar siempre animados de un nuevo fervor y éstas son las consecuencias de nuestras desobediencias cotidianas. Dichosos nosotros si no hemos llegado incluso al extremo de censurar la conducta de los que se obligan a permanecer fieles, de apartarlos de su exactitud con nuestras palabras después de haberlos escandalizado con nuestro ejemplo. ¿Es ésta la manera, no diré religiosa, en que debe actuar un cristiano? ¿Qué podremos responder cuando, en el juicio final,

⁵ à Kempis, *Imitation*, 2.12.

nuestros hermanos y hermanas, a quienes hemos hecho laxos, nos reprochen haber sido la primera causa de su desdicha y haberles hecho perder todo el fruto de sus ejercicios de piedad? ¿Qué podremos responder cuando las almas que les fueron confiadas y que se perdieron por su negligencia nos culparán de ser los primeros autores de su reprobación? ¿Qué podemos responder cuando los fundadores, los bienhechores y los superiores de nuestra comunidad nos acusan de retardar, dañar y tal vez destruir la obra que ellos iniciaron, haciendo inútiles sus dones y sus trabajos? ¿Qué podremos responder cuando el Señor mismo nos haga ver todo el bien del que habremos privado a su Iglesia y todos los males a los que la habremos expuesto? "Ah, la tibieza y negligencia de nuestro estado, que tan pronto nos alejamos de nuestro antiguo fervor, ahora hasta nos cansamos de vivir por pereza y tibieza"⁶.

Si el ejemplo de Jesucristo y de los santos nos conmueve, si la gloria de la Iglesia nos interesa, si nuestro progreso espiritual nos es querido, recuperémonos y digamos al Dios que nos escuchará con gusto: "Ahora he comenzado". (Sal 77,10), "He jurado y estoy resuelto a guardar los juicios de tu justicia" (Sal 119,106).⁷ ¿Por qué esta determinación? Nosotros que hemos pisoteado el mundo y sus vanidades, nosotros que hemos cortado relaciones con el mundo para encerrarnos en un monasterio en el que sometemos nuestra voluntad a la de los superiores, ¿debemos hacer inútiles estos grandes sacrificios y exponer nuestra perseverancia final en aras de ligeras infidelidades? Danos gracia, oh, Dios mío, danos gracia para guardarnos de tal mal, o retíranos de él si ya hemos caído en él. "Confirma, oh, Dios, lo que has obrado en nosotros" (Sal 68, 29), termina la obra que has comenzado en nosotros (Flp 1, 6), para que nos corones al final de la vida (2 Tm 4, 8). En cuanto a nosotros, nos proponemos practicar en adelante una obediencia pura, pronta, universal y constante.

Esta fidelidad pura, pronta, universal, constante, a lo que se nos prescribe diariamente, semanalmente, mensualmente, anualmente, hará de nosotros tantas víctimas del amor divino, tantas hostias vivientes. Oh, cómo debería bendecir la misericordia divina por esto. Permitidme que tome prestado el lenguaje de San Pablo para dirigirme a vosotros, amadísimos míos: "Os celo con celos de Dios, pues os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo" (2 Cor 11, 2). Seamos, pues, obedientes, con la obediencia que juramos al pie del altar, obedientes a todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia; obedientes a nuestras promesas bautismales; obedientes a los consejos evangélicos de nuestro estado de vida, tal como lo determinan nuestras reglas y constituciones; obedientes al menor deseo del jefe supremo de la Iglesia y a los fieles intérpretes de su voluntad; obedientes a los obispos que se dignan emplear nuestros trabajos en conformidad con nuestras reglas, siendo respetuosos, sumisos y unidos a ellos y a través de ellos con la Santa Sede; obedientes a las autoridades civiles en todo lo que está dentro de su jurisdicción; obedientes a nuestros superiores con lo que San Pablo llama obediencia a la justicia (Rom 6,16).

Sin la obediencia a los superiores, seremos infelices nosotros mismos y haremos infelices a nuestros superiores; entorpeceremos la obra de Dios e incurriremos en una espantosa responsabilidad.

Que nadie diga que la obediencia es el yugo más duro y pesado de la comunidad, que basta obedecer a Dios sin someterse no sólo a la sabiduría y caridad de los buenos superiores, sino incluso a las pasiones, caprichos y malos tratos de los imperfectos celosos de dominio. Podemos responder que, o los superiores ejercen su oficio de acuerdo con las reglas, o no lo hacen. Si nos gobiernan y dirigen fielmente, obedecemos a Dios obedeciéndoles y así, lejos de ser gobernantes, no son sino nuestros siervos, ya que deben ocuparse de todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma, deben ser todo para todos, deben olvidarse de sí mismos y de su libertad para convertirse, por entrega y caridad, en

⁶ Kempis, *Imitation*, 1.18.

⁷ La referencia de Moreau al Sal 77,10 es una traducción literal de la Vulgata (76,11) "nunc coepi".

siervos y deudores de sus hermanos (1 Cor 9,19). Si, por el contrario, los superiores son caprichosos en el ejercicio de su poder, si incluso abusan de él y se hacen culpables a los ojos de aquel que juzgará más severamente a los que tienen autoridad, nos dan, sin embargo, la oportunidad de humillarnos, de renunciar y mortificar nuestra voluntad y nuestro amor propio y mientras no manden nada malo, de cosechar abundantes méritos y recompensa eterna. Aunque hagan mal al obrar así, su voluntad injusta y caprichosa se convierte, sin embargo, en un sentido misterioso e importante en la voluntad de Dios para nosotros, ya que tenemos más necesidad de morir a nuestra propia voluntad y juicio que de ser iluminados, edificados y consolados por superiores intachables...".

Al fin y al cabo, lo peor que nos pueden hacer los malos superiores es humillarnos y obligarnos a hacer penitencia. Pero, ¿no deberíamos esforzarnos por ser humildes y hacer siempre penitencia? La vida del cristiano ordinario, y más aún del religioso, ¿no es un sacrificio de amor, humillación y penitencia continua, sin el cual no podría satisfacer a la justicia de Dios por sus innumerables pecados? Si, pues, nuestros superiores mandan amable o cruelmente, obedecemos como niños pequeños, sin detenernos a razonar sobre sus mandatos, sin cuestionar, sin preocuparnos y estaremos a salvo.

El salmista nos dice que son felices, en efecto, aquellos a quienes el Señor ha elegido y acogido bajo el cobijo de sus alas, porque "se embriagarán con la abundancia de su casa y beberán del torrente de su complacencia" (Sal 36,8-9). Esta abundancia de placer es tanto más preciosa cuanto que es espiritual y celestial. Lejos del mundo y de sus peligros, al abrigo de sus errores y desgracias, viviendo en compañía de vírgenes prudentes que mantienen siempre encendidas sus lámparas para la venida de su divino esposo, como ellas pueden deleitarse en el Señor y recibir las peticiones de su corazón. Como las abejas que hacen su miel de varias flores, pueden crecer en perfección imbuyéndose del buen ejemplo de sus hermanos y hermanas, imitando la humildad de uno, la paciencia de otro, la dulzura de éste, la caridad de aquél. Ocultos en el secreto del corazón del Señor, conocen una paz, un reposo, que sólo turba el pensamiento de quienes no lo tienen a causa del pecado. En verdad saben cuán hermosos son los tabernáculos del Señor, tabernáculos no de marfil y oro, sino de cuerpos que respiran cálidamente, consagrados por el voto de castidad.

Seamos, pues, castos, con una castidad que haga puros todos nuestros pensamientos y afectos, todas nuestras palabras y actos, nuestros cuerpos y nuestras almas. Esta obligación sagrada no es un yugo duro y pesado; no es un castigo. Es, como nos asegura San Pablo, una libertad extra, una dulce exención de las angustiosas preocupaciones y amargas tribulaciones que tan a menudo afligen a los casados (1 Cor 7). El matrimonio es, como enseña, un estado santo, pero el estado de virginidad es un estado más elevado y santo. Esta libertad de la virginidad la hemos experimentado todos. Todos los que comparamos nuestra suerte con la de nuestras familias, por felices y santos que sean sus miembros, sabemos que no tenemos su parte de sufrimientos, cuidados, angustias, contradicciones y abnegaciones. Cada uno de nosotros no puede sino gritar con el profeta real: "Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos. Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento" (Sal 16,6-7).

Considerémonos, pues, felices de habernos librado de las tribulaciones de la carne de que habla el apóstol y lejos de ensuciarnos con afectos terrenales y animales, elevémonos sobre las alas del amor divino a los caminos de los ángeles. Si la impureza convierte a las personas en algo menos que humanas, la pureza las convierte en algo más. Si el vicio rebaja a los hombres al nivel de la bestia, la virtud los eleva a la altura del ángel. Busquemos toda nuestra alegría de amar en el seno de Aquel que prometió el cielo y la vista de sí mismo a los puros de corazón y que eligió para su mejor amada en la tierra a una Madre Virgen, a un padre adoptivo virgen y a un discípulo virgen. Vivamos en Aquel que "nos compra de la tierra" como vírgenes que "seguirán al cordero por dondequiera que

vaya" en el paraíso, cantando "un cántico nuevo ante el trono" (Ap 14, 3-4). Para mantenernos en este estado sublime, debemos someternos cada vez más a la ley del amor sobrenatural que todo lo remite a Dios, que todo lo emprende y lo sufre por su gloria.

Para permanecer en este plano exaltado, es literalmente necesario que sigamos el mandato de San Pablo: "Vestíos del Señor Jesucristo y no proveáis para la carne en sus concupiscencias" (Rom 13,14). Recordáis el modo en que Jacob, persuadido por su madre, se apoderó con engaños de las bendiciones de Isaac, su padre. Lo vistió con las buenas ropas de Esaú que llevaba consigo y le puso la piel de un cabrito en el cuello y en las manos. Si trasladamos esto del orden físico al moral, nos revestiremos del hombre nuevo o Jesucristo, para ganar nuevas gracias de nuestro Padre celestial, no con engaños sino con su consentimiento y con nuestro hermano mayor Jesús para revestirnos de sí mismo. Esto significa que no debemos limitarnos al uso del hábito religioso, que recuerda el atuendo que llevaban antiguamente los penitentes, sino que debemos dejar que el cambio de vestido produzca en nuestra alma y en toda nuestra conducta exterior los sentimientos y el modo de obrar de Jesucristo (Flp 2, 5). Tenemos por garantía que esto es revestirse del hombre nuevo, San Pablo, que nos ordenó revestirnos del Señor Jesús. Toda nuestra vida debe tener por fin asimilar tan perfectamente los pensamientos, juicios, deseos, palabras y acciones de Jesucristo, que podamos decir con el gran apóstol: "Vivo yo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal 2,20). Seamos como el miembro que vive de la savia del árbol en el que ha sido injertado, como verdaderos miembros del cuerpo místico de Cristo.

Debemos identificarnos de tal modo con nuestro modelo divino que no sólo seamos una copia fiel de él, sino que lleguemos a ser, por así decirlo, otro él. Esto pidió para los suyos a su Padre: "Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros: Yo en ellos y vosotros en mí" (Jn 17,21-23). ¿Es esto posible? Sí y se realiza así: Como la inteligencia y la voluntad, el alma y el cuerpo de Jesucristo se unen a la naturaleza divina por la encarnación, así nuestra mente se une a la de Jesucristo por la fe, nuestro corazón a su corazón por la caridad y nuestro cuerpo a su cuerpo por la Sagrada Comunión. Él nos invita a contraer esta unión consigo mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6). Él es el camino por su ejemplo, la verdad por su doctrina y la vida por sus sacramentos.

¿Cuál es la maravillosa transformación que opera en nosotros por esta unión con Jesucristo y cuáles son sus maravillosas características? Es una unión total de mente, voluntad y cuerpo. Es una unión íntima que nos hace vivir la vida misma de Jesucristo. Es una unión eficaz, ya que restaura todo lo que perdimos en Adán y nos convierte en una sola persona moral con el Salvador. Es una unión gloriosa que da a nuestras acciones mérito sobrenatural y derecho a la gloria eterna. Cómo se dilata de gozo el alma al pensarlo. ¿Cómo podríamos entregar un cuerpo así, un cuerpo alimentado con el Cuerpo de Cristo, a la impureza? ¿Cómo podríamos dividir un corazón, un corazón que es uno con el suyo, entre Él y una criatura?

De todos nuestros votos, la castidad es el más glorioso para nuestra comunidad, pero también el más delicado y difícil de conservar perfectamente hasta la muerte. Nuestra juventud fue educada en la obediencia y desde la infancia, nos acostumbramos a pedir los medios para satisfacer nuestras necesidades corporales. Así, estábamos en cierto modo preparados para las obligaciones de nuestros votos de obediencia y pobreza. Si, por el contrario, llevábamos una vida familiar feliz, no estábamos tan bien preparados para ese completo desprendimiento que exige la auténtica castidad del corazón. La integridad virginal es sólo el primer requisito de esta virtud consagrada, aunque, por desgracia, demasiadas personas suponen que satisface incluso el espíritu del voto. Siendo otros Cristos, debemos amar a todos nuestros hermanos y hermanas con un amor sin límites. El amor posesivo a uno de ellos estrecha este amplio amor en proporción a su exclusividad.

Puesto que no hay estado de vida tan santo que escape a los embates del maligno y puesto que ni siquiera los más grandes santos estuvieron exentos de las tentaciones de la carne, examinaremos aquí por un momento la malicia esencial de la impureza. La filosofía cristiana describe al ser humano como una inteligencia servida por órganos corporales o, si se prefiere, como un alma creada a imagen y semejanza de Dios, que da forma a un cuerpo que debe gobernar. Si hay una de las pasiones del cuerpo que, alterando este orden natural, somete el alma a los sentidos y dirige todos sus deseos a la carne para, en cierto modo, materializarla, puede decirse que esa pasión convierte a la persona en una especie de bruto. Tal es precisamente el efecto degradante del vicio del que estamos hablando. Incluso degrada a la persona por debajo del bruto, ya que los animales no tienen deseos inútiles fuera del propósito de la reproducción, siendo castos por instinto.

Debido al carácter del cristiano, la profanación de su cuerpo adquiere la naturaleza de un sacrilegio. Su cuerpo es como el copón y el cáliz para la carne y la sangre de Cristo; es el templo vivo del Espíritu Santo. De ahí que el apóstol escriba: "Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor, no en la pasión de la concupiscencia como los gentiles que no conocen a Dios" (1 Ts 4, 3-5). Estas palabras iban dirigidas, no especialmente a los religiosos consagrados, sino también al cristiano que vive en medio del mundo. La impureza es una blasfemia contra las tres personas de la adorabilísima Trinidad: contra el Padre, cuya imagen desfigura, contra el Hijo, cuyos miembros profana, contra el Espíritu Santo, cuyo templo vivo profana. Podemos recurrir tanto a la fe como a la razón para medir el horror de este sacrilegio.

No necesitamos entrar aquí en las clases de impureza, las de pensamiento, palabra y obra. Tampoco es necesario que nos detengamos en la distinción entre tentación y pecado. Nuestro propósito es más bien adquirir un mayor amor por la virtud, una mayor detestación por el vicio y aprender los medios para salvaguardarnos de ceder a la tentación. Sólo hay tres medios, pero los encontraremos eficaces. Son el temor, la evitación de las ocasiones y la oración.

San Agustín nos dice que, si no queremos ser rechazados de la presencia de Dios, debemos temer el fuego de la concupiscencia. "Bienaventurado el que es siempre temeroso" (Prv 28,14). Este temor debe fundarse principalmente en el rigor del castigo que Dios ha usado siempre y usará eternamente contra los impuros. ¿Estamos tentados de cometer uno de esos pecados secretos por los que el cuerpo es despojado de su santidad? Sea sólo una palabra, un pensamiento voluntario, una mirada deliberada, recordemos que el infierno eterno es su castigo. San Agustín enseña que, para ser condenado para siempre, basta complacerse en un mal pensamiento, retener voluntariamente en la mente un deseo pecaminoso, sin intención real de poner el pensamiento en acto. Nuestro Señor Jesucristo dijo: "Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mt 5, 28). Juzguemos, pues, el engaño de esa pretendida fortaleza de ánimo que trata todas estas cuestiones secretas como meras bagatelas y veamos si no tenemos razón para urgirnos, como primer medio para evitar este pecado, un gran temor de este.

Debemos temer este vicio también por la gran facilidad con que caemos en él, pues halaga tanto nuestra naturaleza corrupta. La edad no es protección. La riqueza o la pobreza no hacen ninguna diferencia. La santidad de vida no es garantía infalible. David, antes de su pecado, era quizás más santo que cualquiera de nosotros y sin embargo cayó y sin un milagro de la gracia, ahora estaría en el infierno. ¿Cuál fue la causa de su ruina? Una mirada indiscreta. San Pablo nos dice que huyamos de este peligro (2 Tm 2,22; 1 Cor 6,18). No debemos entrar en este tipo de combate; debemos huir de él. La única manera de conservar nuestro tesoro es huir con él. San Ambrosio nos dice que la característica de un alma casta es tener miedo de la mirada desprevénida de una persona del otro sexo.

Nuestro deber primordial, entonces, con respecto a este tesoro que llevamos en un frágil jarrón es evitar toda ocasión de dañarlo. Seguramente no necesitamos ninguna advertencia contra intimidaciones de tipo peligroso, pues nuestra santa regla prohíbe no sólo tales manifestaciones físicas de amor, sino incluso aquellas efusiones del corazón en amistades particulares que mancillan su completa consagración virginal a nuestro divino esposo. Nuestra regla se cuida también de preservarnos de lecturas peligrosas con su poder casi ilimitado de dañar la castidad.

Añadamos a este saludable temor y a la continua evitación de ocasiones, la oración ferviente, frecuente y humilde. Pidamos a Dios de todo corazón que nos salve de todo pecado. Que no pase un día sin que pidamos la gracia de guardar nuestra castidad y junto con nuestra oración, practiquemos esa continua templanza en todas las cosas que prescribe nuestro voto de pobreza. Los votos se complementan mutuamente y así tanto la obediencia a la regla como la pobreza de la vida común son salvaguardas de la castidad.

Es una feliz abnegación que engendra la paz y la libertad de los hijos de Dios. Es una deseable pobreza de espíritu por la que nos despojamos de nuestra propia sabiduría y de nuestra propia voluntad y de nuestro propio cuerpo. Dichosos los que la comprenden; más dichosos aun los que abren su corazón a esta pobreza de espíritu. Para ellos, el mandato se hace fácil, la sujeción parece justa y buena. Es muy fácil, sin embargo, hacerse ilusiones respecto al voto de pobreza. Aunque todos hemos prometido a Dios, por una promesa pública hecha ante el altar, renunciar al uso de cualquier cosa sin el consentimiento de los superiores legítimos, muchos de nosotros hemos caído desde entonces en las trampas de nuestros deseos. ¿Cuán pocos de nosotros somos realmente pobres de espíritu y de corazón, pobres en el desprendimiento de las cosas creadas, especialmente en lo que se refiere a nuestras comodidades y conveniencias? ¿No somos muchos los que damos con una mano y recibimos con la otra?

El amor propio es prolífico en pretextos para excusar su laxitud en este asunto. Entra y sale de todo lo que hacemos como una serpiente, escondiéndose cuando sospechamos de él. Adopta toda clase de formas y se paga a sí mismo con pequeños detalles por los grandes sacrificios que tuvo que hacer. Tal vez tuvo que renunciar a su hogar y a su riqueza y ahora se aferra a un mueble, a una prenda de vestir, a un libro o a alguna bagatela que no vale la pena nombrar pero que es capaz de mostrar lo viva que sigue estando la naturaleza.

Lejos de ser pobres en la comida, en la ropa, en la sencillez de nuestra habitación, en cada detalle de la vida, algunos de nosotros deseamos tenerlo todo a nuestro gusto. Sentimos la menor privación; nada nos falta. Si nuestra comida no es tan buena como nos han hecho esperar, nos quejamos. Ah, las reglas que prometimos en el altar observar no consideran la pobreza; así, tampoco la consideraron así los fundadores de nuestra comunidad.

Repasemos la historia de las órdenes monásticas. Los primeros miembros se propusieron como modelos a los trabajadores del campo, que se ganan la vida con el sudor de su frente y no disponen más que de lo estrictamente necesario. En esta verdadera pobreza vivieron muchas vírgenes delicadas y, gracias a Dios, aún viven, vírgenes a menudo de noble cuna que fueron educadas en la facilidad. Duermen en camas duras; visten ropas toscas; andan descalzas; comen pobre y escasamente; ayunan con frecuencia; se levantan a cantar el Oficio a medianoche; soportan el frío y sufren el calor; guardan silencio; permanecen largo tiempo de rodillas en oración; llevan cilicios y realizan otras austeridades corporales; trabajan como vulgares sirvientas; y hacen todo esto con sumisión y alegría. Ah, esto sí que es practicar la pobreza de Jesucristo, que nació sobre paja, no tuvo dónde reclinar la cabeza durante sus viajes y murió desnudo en una cruz.

Oh Dios mío, ¿no hemos de imitar generosamente tu pobreza, sin salirnos de nuestras normas? Al menos, que no sufran entre nosotros los que se quejan de la comida y el vestido. Danos, en cambio, corazones nuevos, corazones dignos de ti, corazones enemigos de la sensualidad y que disfruten libremente sólo de lo que la regla nos permite, corazones para los que tú bastes, corazones que se deleiten en el desprendimiento y en la privación creciente. Conserva en nuestra mente el recuerdo de tu cruz y de tus sufrimientos. Enséñanos lo hermoso que es ser verdaderamente libre, desprenderse de todo, no aferrarse a nada que pase con el tiempo. Concédenos que, cuando llegue cada año el aniversario de nuestra profesión, nos encontremos cada vez más llenos del espíritu de nuestros votos, para que la renovación de estos sea realmente una fiesta para ti y un recuerdo eterno de tus grandes misericordias al elegirnos para entrar en tu tierra de bendición.